

CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DE JULIO CARO BAROJA. IMPRONTA DE SU OBRA ETNOLÓGICA

EL pasado mes de agosto, a su mitad y en la plenitud del estío, el tiempo del amor al que aludía el maestro, fallecía Caro Baroja en su casa de Vera de Bidasoa, en Itzea: "Hoy, dice Flores Arroyuelo, vencido por la enfermedad, Julio Caro Baroja, un español digno y que por él todos somos también dignos, un español que amó con pasión a este país de pasado y presente doloroso, y un hombre que debemos ver como algo más que un símbolo, ha muerto en Itzea, su casa de Vera de Bidasoa, en la alta Navarra..."¹.

Nadie mejor que el autor del artículo citado, para vislumbrar la estampa preclara y recia de un hombre que en razón de su trabajo, enorme y formidable; ha sabido poner y recomponer la savia auténtica de España, esta piel curtida por diversas razas, pero a la que siempre se le han disparado los dardos de una ignorancia supina, una vieja piel viciada por los resquemores de la indolencia y de estultos que no han comprendido ni comprenderán nunca lo que significa la hondura del valor hispánico, su densa aportación en la cultura y en el folklore.

Pero vayamos a la configuración de la personalidad de Caro Baroja, cuyo apellido vibra en el conjunto de la literatura española desde el entronque generacional del momento noventayochista, en que un grupo de intelectuales intentan intuir la entraña de España que se desgaja, en una tierra nutrida por el desamparo y la vaciedad de una masa de leguleyos y romos en la aprensión de su significado. Es el instante de la germinación de unas ideas que en el paréntesis de la desidia, dignifican un

tanto el ámbito intelectual poniendo orden y densidad en unos corazones deseosos de entrega en incluso de acción, muy a pesar de las injusticias y desencantos, de los harapos sobre los que se nutren la mayoría, pero en todo caso, ese grupo de intelectuales, con la animosa voz que surge de sus gargantas rotas ante el escenario que observan, buscan una verdad y un nuevo equilibrio, como una necesidad imperiosa de revolverse contra la plebe ingrata y absurda. En este carisma hay que mirar la figura de un Pío Baroja (1872-1955), como hechura para un caminar, en su planteamiento de ideas, muy a pesar de ser un hombre con ideas peculiares, densas y dignas de un estudio psicoanalítico, impregnado de patriotismo, de amor inmenso, de juventud y egolatría, sí, pero de entusiasmo por los pueblos, por los aldeaños de su país de nacimiento, por Madrid y por los pueblecitos castellanos, todo un mundo en el que el desgarro y el desasosiego abruma y matiza, recoge y busca.

Ese ambiente de hondo arraigo familiar compartido por la intensa presencia del libro y del color, en la pluma de Pío Baroja y de Ricardo Baroja, va a procurar el aliento vocacional de Julio Caro Baroja, quien desde muy niño se cobija entre densas formulaciones sobre la gravedad y grandeza del entorno patrio, guardando en su memoria cada latido y perfil que aflora en esa densa obra denominada "Los Baroja: Memorias familiares", donde segunda tesis y avanza opiniones ajustadas en una entraña hogareña, fecunda y apasionada.

Está claro que Julio Caro Baroja, en su niñez vive la problemática de los personajes de su tío Pío Baroja, con la mueca rabiosa de aquellos y sus situaciones, estudiadas por la mejor pluma del 98, en sus relatos tremendos y con sombras insistentes, a veces nadando

1 Julio Caro Baroja: La mirada del inocente. (Diario La Verdad. 24 de agosto...)

entre una mística suave, o en la pesadilla del suicidio en Andrés Hurtado, personaje esencial del “Árbol de la Ciencia”, con sabor agrí-dulce, pero potente y que se nos puede pegar en cualquiera de los pueblos abandonados. Enlaces y desenlaces amorosos, señales de ternura y de versión antisemita o antifeminista, donde una sensualidad aflora entre dudas y revanchismos, pero latente y dinámica en aventuras románticas y carlistas de un Avinareta, desde el propio dinamismo de “Memorias de un hombre de Acción”. Con todo el bagaje de elementos henchidos de color y de pasión, muerte y glorificación, en todo supuesto, en esta obra, anida la esperanza, entre un mundo apartado y en desesperación.

La inmensa y densa obra de Pío Baroja, sus célebres trilogías, con los mayorazgos de Labraz, sus aspavientos entre conspiradores y las mascaradas carnavaladas o escenas visionarias de Madrid, o las suyas propias; todo ese mundo agarrotado en la molicie, en la aventura, como forma de eludir la ortodoxia de la vida que se nos da; procrea un abismo y un enlace con la magia, como heterodoxia apabullante que se decanta en la soledad completa, en el delirio y en la busca de nuevas pasiones.

Julio Caro Baroja, locuaz y sosegado, investigador en profundidad, recio en el sistema de abordar cada tema, ha intuido desde su juventud la llaga de España, su negrura y su cansino corazón, crece su vocación al yunque de grandes lecturas y visiones de pueblos impenitentes, gastados por la sequía y nutridos de bosque donde radican los duendes de fantasmas buscados. Su obra gira sobre los demiurgos de los paisajes, vislumbrando estampas de enloquecidos gnomos soportando la letanía de ancestros olvidados, que él va a dar resonancia.

Julio Caro Baroja afronta la pesadilla de su España, convertida a través de los siglos, en partidismos y en trazos oscuros, donde ani-

dan razas que se culpan unas a otras. Es una locura situarse y verter el ánimo en tales situaciones, pero es preciso no dejarse llevar por la atrofia, ajustar la mente, desde la objetividad, a la auténtica interpretación, desde la humildad y el sosiego, en la vocación plena de un hacer de nuevo la historia de España, no en lo grandilocuente, pero sí en la cotidianidad. Él mismo lo dice “Hora es ya de que algunos investigadores nos despojemos de las anteojeas pedagógicas y académicas al escribir sobre temas tales...”. Estos temas a los que alude son, claro, los referentes a moriscos, criptojudíos, brujas, es decir toda una clase que desde los pasados siglos, en especial los que van del XVI al XVIII, aburren a la llamada clase privilegiada y son pasto del Santo Oficio.

Es, precisamente todo este bagaje de humanidad partida en dos, el que preocupa a Julio Caro Baroja, como enlace para sus graves investigaciones que ocupan miles de páginas impresas y que forman parte de nuestra verdad sobre el español, sobre España y sus gentes, sobre la molicie y la deslealtad, pero también sobre las cuitas de sus expresiones vitales que asombran.

Hay un mosaico de gentes, de actos, de gestos y parafernalia en la obra del llorado maestro, que intentar aunarla y gustarla es cosa de tiempo. Me atrevo a afirmar que cada una de sus páginas son el enigma de la nueva fisonomía patria, su aportación más fecunda a la comprensión y entendimiento de lo que fue este lugar en el que habitamos, de lo que significa y lo que puede llegar a ser, si emprendemos, de una vez, la vigorosa pasión por lo que merece la pena.

Desde los libros densos y a veces ásperos, pero necesarios en todo caso, los condensados tomos que se refieren a los Judíos en los siglos predichos, a las brujas y su mundo, la Inquisición, los pueblos broncos del país vas-

co y los castellanos o levantinos, sus tradiciones, su etnología y fiestas; alumbran por su simbología y método que sigue.

Desde la voz sosegada de Julio Caro Baroja la etnología adquiere un nuevo lenguaje y se hace, en mi sentir, apasionante, acaso porque la busca desde el criterio más urgente, en que el pueblo concibe su personalidad y se repite en sus actos, lo que le ayuda a integrarse y observar sus días geniales y lúdricos que diría Rodrigo Caro. Entonces, sobre tal base cabe enfocar toda una realidad festiva y expresiva basada en el calendario, con sus ciclos invernales y de estío, pero viendo más allá y sobre la decantación de los maestros como Frazer, Manhardt, Taylor, Oldeberg, etc., aunque sosteniendo su propia convicción.

Sería una desfachatez afirmar que la vida sin fiestas no sirve, postura que la propia vida merece y resalta. Fiestas las hubo en épocas ancestrales amparadas por sus dioses paganos, que el Cristianismo retomó bajo su impacto, pero el hecho es que su impronta se manifiesta en el hecho de que las civilizaciones pasadas ajustaron sus tiempos a estos ciclos, bajo la influencia de sus mitos y de su concepto de lo mágico, después se planteará la dimensión de los efectos que ayudan a envolver tal fenómeno en unas determinadas creencias, pues el ser humano anhela lo trascendente, busca unas pautas que le consoliden en sus quehaceres y le otorguen compensaciones en épocas de epidemias o de tragedia, se suma a concepciones espirituales, a sus advocaciones de patronos y santos, desarrollan actuaciones y dan rienda suelta a ritos para agradecer a sus dioses en época de malas cosechas, o para paliar los daños causados. Es como un orden compensatorio que se fundamenta en un mundo asiduo y fecundo de anagramas expresivos que se plasman en hechos festivos, donde la palabra, la simbología queda engarzada en ese escenario singular. Toda la factura literaria que encierra

la obra de Caro Baroja, sus libros sobre las fiestas, el ciclo festivo a lo largo del año, suman una profusión de elementos que es preciso estudiar y comprender para asimilar la envergadura del festejo, su expresión misma, aunque, en el argumento formal no se entienda, con más hondura en los festejos carnavalescos de la Alta Navarra, como en el pueblecito enigmático de Lanz, donde un servidor ha podido admirar la honda expresión de su escenario con Zaldiko y sus danzari en torno al hombre caballo, y todo el elemento visionario que conmueve. Pero es que cada región posee sus remedios para aprovechar los estados latentes desde los que se sumerge todo un cosmos visionario, como una precisión de retomar el contacto con sus antepasados y en todo supuesto este modo de ver es hacer etnología, reteniendo el valor mismo de su expresión como explosión de vitalidad primaveral, como remedio al mal, como trance de maleficio. En este sentido los pueblos de la auténtica España que vislumbraron los neventayochistas como Pío Baroja, lucen sus harapos estafalarios, pero sostenidos por la huella y la marca de un sentido ancestral que, acaso con un criterio de filosofía vegetativa, forma parte de la cultura popular, o se delata en los otros espasmos luctuosos de una magia latente en todas las culturas, como es el caso de los supuestos hechiceriles y presencia de brujas...

Acaso los estudios que más me han provocado emoción y dado pie para investigaciones, desde la posición de Caro Baroja, son los referentes a las fiestas, el carnaval y lo bruje-ril.

Con estos tres apartados Julio Caro Baroja arrima el ascua a su sardina para empaparse, ya lo hizo en su juventud, de todo lo fantasmagórico, basándose en lecturas de la biblioteca de su tío Pío Baroja, y también de las conversaciones, sumas, con los más viejos del lugar, en el país cercano a Labourd, tan recriminado en



tiempos por Pierre de Lancre, el perseguidor de las brujas. Caro Baroja desde su residencia de Itzea en Vera de Bidasoa, donde siempre trabajaba con ilusión sobre estas experiencias, apostaba por un amplio estudio de estos temas que, entiende son mantenidos desde que se dan en una realidad palpitante. La labor investigadora le lleva a aportar datos inéditos que son parte de sus valiosos argumentos a la hora de escribir y dejarnos sus libros, como testamentos grandilocuentes, sobre los que hay que pasar para entender tales misterios.

Las fiestas se ajustan a sus tiempos, desde los meses de invierno o verano, como emotivos argumentos de evocar ritos y acuñar mensajes, que son símbolos de un pasado y donde la ofrenda a la patrona, a la Virgen o Mater Magna, la congregación de fieles en romería, o la quema del pelele y su arrojó al río; integran momentos de unos episodios ancestrales que retoman y cobran vida en el momento.

Tal la tesis del carnaval como momento para la Carnestolenda, para, en los tres días anteriores a la Cuaresma, procurar un grave

motivo de fecunda diversión a través de comilonas y juergas que acaban con el Entierro de la Sardina. Tal la batahola que se mueve en torno a estos espectáculos donde el fuego se utiliza para la purificación de los malos espíritus, a través de la quema de la sardina, o de la bruja a modo de cartón piedra que se hace en determinadas localidades españolas.

De esta plasmación expresiva surgen la diversidad de festejos en el ámbito patrio, donde no hay ningún pueblecito, por minúsculo que sea que no conserve su tradición y que a la vez, busque su enfoque identificador en los anales de su historia. Caro Baroja, entusiasta buceador por los pueblos y sus tradiciones deja un amplio mosaico de festejos populares donde se anota la estirpe de su simbología, desde el país vasco a Castilla, con la versión grave de toda la savia andaluza, con el garbo de las danzas de espadachines, o de moros y cristianos buscando sus raíces; en un amplio sector de atavíos que se realzan en peculiaridades sorianas con el festejo de las “piñorras”, cuyo asunto queda en el relieve del lugar muy estimado por quien esto escribe. Pero se suceden los festejos con el recalco de sus santos patronos en los meses de estío, donde la romería de la Virgen en barca, en el Mar Menor es bien asistida por un engranaje de pintoresquismo.

Todo el mundo del carnaval se ayunta con su mueca soturna, solanesca y goyesca que Caro Baroja ajusta, con el amor de sus mejores aficiones, en pos de la máscara de la moji-ganga, del botarga que acuña todo un aspecto integral en los festejos de Andalucía, o de la zona de Guadalajara, en cuyos pueblos como Valdueño Fernández, Montarróniguena, Mazuecos, Peñalver o Cogolludo, asumen una fantasmagoría en sus plásticos botangas y danzas y donde la presencia de la mujer en Santa Águeda, formula una razón de ser de estos

pueblos hondos y densos, donde la máscara, la botarga recrea una situación de relieve mágico.

También hay otros lugares, desde los pueblos catalanes a los levantinos, donde se recrea el sentido de la fantasía mediterránea con la fastuosa dimensión del fuego rimando con el mar, cual saeta de Semana Santa a la luz de la luna mágica.

Ningún pueblo, poblachón o aldea pasa desapercibida a Caro Baroja, viajero insólito, buscador del alma de la gente, de su sentido mágico que trasciende siempre...

Queda todo el pegajoso mundo de la brujería. Don Julio recalca que tanto la hechicera como la bruja tiene una realidad, la gente incluso del entorno de Labourd habla de ellas y después queda todo ese tangible suceso de las brujas de Zugarramurdi, cuyo auto de Fe se inicia en Logroso, el año 1610.

No se concibe la creencia en los brujos y brujas o hechiceras sin detenerse en el mundo y en las creencias en que aquellas viven, se predisponen a ser a sí mismas y a ser buscadas por la gente. Hay que apurar el sentido de la magia en sus dos versiones de homeopática (simpática) y contaminante, para sugerir esta presencia, porque, como se suele decir: “haberlas aylas”, y cuando se escribe sobre ellas se comienza a presentirlas, pero en todo sentido el estudio de Caro Baroja va en dos vertientes, en la primera aporta datos sobre la presencia y existencia de la hechicería en la cultura grecolatina, como culto a Diana, y su plasmación en sus artes de toda índole, preparación de ungüentos, filtros, prácticas gastronómicas, metamorfosis, etc., que a lo largo de los siglos siguen vigentes, pese a ser entendidas como paganas, frente al cristianismo. Aparece después la striga, moscae, la lamia, etc. y los conventículos que pergeñan sus aportes sabáticos en el aquelarre, con el macho cabrío, como “culto a la fertilidad”, y la presencia de

la inquisición en todo esto. Se da la dualidad entre los conceptos del bien y el mal, donde el demonio tiene su integración a través de los pactos en la secta de los brujos, y en sus prácticas horribles en noches de sábados, a veces en otras noches como en la célebre del uno de Mayo en Walpurgis, noche mágica como la de San Juan de junio. Es que el culto al demonio es básico en la cultura europea, como aduce Frazer, pues al espíritu del mal, a lo maléfico se le considera lo demoníaco relacionado con la bruja a la que es preciso extirpar para que prevalezcan las cosechas, a cualquier mal se le llama el “mal de las brujas”. Todo esto puede ser atendido o no por lo eclesial, por partidarios o no, pero es una realidad que se presenta y forma parte de la cultura.

Mas don Julio Caro examina todo el mundo brujo de Navarra y Galicia, en especial el caso de las brujas de Zugarramurdi, cuyo proceso, *con sus dos mil acusados y cinco mil sospechosos* se desarrolló en Logroño el año 1610, desde cuyas actas inquisitoriales investiga, para llegar a unas conclusiones tras buscar sus interpretaciones entre vecinos y lugares del país vasco, sobre la base de que...” este negocio de la Brujería es más para producir piedad que otra cosa: piedad para los perseguidos, que desearon llevar a cabo cosas malas, aunque no las hicieran, que vivieron vidas frustradas y trágicas en su mayor parte. Piedad también para los perseguidores, porque se consideraron amenazados por ser peligrosos sin cuento y sólo por eso reaccionaron brutalmente...! Cuántos hombres, y sobre todo, cuántas mujeres habrán vivido amenazados por la angustia secular y por un concepto de lo real completamente distinto al nuestro!”

Hay que advertir que el tema del auto de Logroño citado ha sido reelaborado por Gustav Henningsen, en su obra “El abogado de las brujas” (Brujería vasca e inquisición española)/Alianza Editorial.363), donde el autor

interesado por lo brujo en Europa, en especial el país danés (Walpurgis) y España, el país vasco; descubre en su nueva interpretación que aquél proceso, el más amplio y mejor fundamentado por la presencia de Alonso de Salazar y Frías, fue, en todo caso una persecución en masa y que la Inquisición obró relativamente bien, en este proceso. En cualquier posición ahí queda para la versión histórica.

Si la obra de Julio Caro Baroja se ve influenciada por la de su tío Pío Baroja, en sus primeros años, no obstante camina por fueros propios y se amplía con densas construcciones doctrinales, alumbrando una enorme cantidad de estudios sobre moriscos, judíos, aspectos mágicos de Castilla, planteamientos religiosos en el barroco, linajes, criptojudasmo, etc., dando respuesta desde la antropología y objetivamente a cuantas preguntas anidan en su corazón, tocando todo el mundo interesante de la auténtica España, desde sus raíces y símbolos, que quedan como armas necesarias para el investigador de hoy, para el etnólogo que desee inmiscuirse en el mundo de lo popular patrio, en la identidad regional, en las técnicas populares, que Caro Baroja investigaba con fruición y sosiego en su querida Itzea, en Vera de Bidasoa, donde en este agosto caluroso y mágico se ha ido para siempre.

La presencia de don Julio Caro Baroja, ha sido un lujo para España, para los que amamos la cultura etnológica y buscamos la raíz de la auténtica España, la verdad de cada región y por supuesto intentamos ahondar en la nuestra.

Julio Caro Baroja nos ha legado su inmensa obra, pero sobre todo su humilde capacidad para enhebrar un método de investigación sobre España, la patria amada, tan maltratada por adultos y los cargados de odio y resentimiento.

F. Saura Mira
Académico C. de la Academia
Alfonso X el Sabio de Murcia